

muestran contra el santo Misterio de los altares, por lo cual no es preciso añadir nuevas pruebas en su confirmación. Y no es extraño, ¿qué ha de ser? como el masón es las tinieblas y Cristo la luz, como el masón es la mentira personificada y Cristo es la verdad por esencia, como el masón es la injusticia en acción y Cristo es la equidad constante, como el masón es la inmoralidad espantosa y Cristo es la santidad purísima: de ahí que el masón consiguientemente odie y persiga á Cristo en su nombre, en su acción y en su Sacramento. Pero, *Domine ut videant*, Señor: que vean.

#### CONCLUSIÓN

He terminado el presente Tratado con la ayuda de nuestro buen Dios Sacramentado á quien me he propuesto por objeto de estos estudios. Muchos han sido mis buenos deseos de probar el bello dogma de la Eucaristía por todos los medios y con todos los argumentos y pruebas posibles, mas no quedo completamente satisfecho, por haberme persuadido que resulta imperfecto mi trabajo. Ruego al caro lector, juez de mis escritos, perdone las faltas que en él hallare, y obtenga de su lectura algún provecho práctico, cual es todo mi anhelo, mientras que me encomiendo á sus fervientes oraciones.



## TRATADO II

### EL CANTAR DE LOS CANTARES APOYANDO EL DOGMA DE LA EUCHARISTÍA

CONTINUACIÓN DE LA PARTE EXPOSITIVO-EXEGÉTICA  
DE LA EUCHARISTÍA

#### INTRODUCCIÓN

*Deus ad homines venit, et quod proprius est, venit in homines.*  
SÉNECA. Epist. 73.

Dios viene á los hombres, y lo que es más natural, entra en los hombres.  
SÉNECA. Carta 73.

Hay un libro en las Divinas letras, todo poético, todo dulce, todo sublime, al cual no cupo mejor epíteto que el de *Cántico de los Cánticos*. Procediendo del Espíritu Santo, su autor verdadero, y siendo redactado por el monarca Sabio, á quien fué dulcemente inspirado por Aquél, rebosa en todo su contexto, de ideas las más felices, de pensamientos los más ingeniosos y de fines los más sagrados y altísimos que la mente humana inventar pudiera. Corresponde al lugar santísimo de la Sinagoga, así como el Ecle-

siastés pertenece al lugar santo y los Proverbios al atrio de la misma. De aquí podemos deducir cuán sagrado sea el *Cantar de los Cantares*, ya que los doctores le comparan al lugar santísimo; porque si en este lugar el Eterno se comunicaba al pueblo mediante sus sacerdotes, del propio modo pretende comunicarse á nosotros con la más perfecta unión mediante el auxilio de este precioso Libro. Por eso no hay que extrañar que en él se contengan expresiones suaves y amorosas hasta el extremo, como de dos esposos enamorados, y que las ideas sean las más de las veces entrecortadas y los símiles raros, y extraños al modo de expresarnos; porque en primer lugar, al hablar entre sí dos cónyuges que se aman tiernamente, se ha de suponer sin remedio, que por el cariño indecible que se profesan, han de proferir palabras que respondan á la pasión amorosa que necesariamente les domina, y como el que ama quisiera manifestar al amado todo su afecto de golpe, de ahí es que descubra varias ideas en una sola cláusula, y otras muy diferentes de aquéllas en otras, contentándose con declarar más al corazón que al oído, porque cree, con justa razón, que sus afectuosos sentimientos los comprende el amado; de aquí se originan las ideas entrecortadas, fáciles de unir por aquél que entiende el áureo hilo de la pasión, y se originan también los gratos símiles desusados, propios del grado de amor y de ilustración de los amantes; por lo tanto, si en el sagrado Libro de los Cantares sucede todo esto, sabemos ya á qué atribuirlo, tanto más, cuanto que los pueblos antiguos tenían diferente modo de proceder en sus comparaciones que los nuestros, á la manera que en nuestros días se diferencian en lo propio unas gentes de otras.

Los expositores afirman comúnmente, que los esposos á que alude este sagrado Cántico, son Salomón y la hija del rey Faraón; y las hijas de Jerusalén, así como otros interlocutores que admiramos en el divino Poema, son respectivamente las vírgenes de la esposa y los varones del esposo, que les acompañaban en los siete primeros días de las bodas; pero esto se entiende en el sentido gramatical; sentido

que no es el que se propuso el Espíritu Santo dar inmediatamente á dichos Cantares, sino otro más sublime y espiritual que se nos revelara por el gramatical, y que en verdad es el literal propio, esto es: el que se desprende, no del que se significa por las palabras del contexto, sino el que se origina primeramente de las cosas significadas por dichas palabras. Así afirma felizmente Nicolás de Lira (1), que «están en un error los que aseguran, que el Cántico de los Cánticos se refiere literalmente á Salomón y á su esposa, porque aun cuando el amor entre estos dos esposos era lícito, por la razón de estar contenido dentro de los límites del matrimonio, sin embargo, fué carnal, y como tal, lleva frecuentemente adherido algo de deshonesto y terreno; por cuya causa, la descripción de semejante amor no conviene pertenecer á los libros canónicos de la Sagrada Escritura, principalmente porque este libro, como todos los demás de la Escritura, ha sido escrito *afflante Spiritu Sancto*, dictado ó inspirado por el Divino Espíritu. Luego ciertamente el mismo Salomón lo escribió con referencia á otro amor».

Y en efecto. Todos los SS. Padres y doctores católicos afirman que el Eterno, mediante la corteza de las palabras de los Cantares, ha querido manifestar á los mortales justos el inmenso amor que les profesa, y como el fino amor se manifiesta más palpablemente entre dos esposos sensatos, por eso el Señor, descendiendo á nuestro modo de entender las cosas, se constituye como Esposo de la Sinagoga ó de las almas justas que son sus esposas.

Mas como todo el Testamento antiguo se refiere al Nuevo, de ahí que Jesucristo es el Esposo designado en los Cantares, y la esposa la Iglesia instituída por El. Pero acerca de ésta, unos expositores entienden de la Iglesia en general, otros de las almas que están en gracia del Señor, y los restantes, de la Inmaculada Virgen Madre de Dios. Todos estos particulares sentidos son propios del Divino

(1) Postilla in Cant. Canticorum. cap. I.

Epitalamio, aunque en expresión de Cornelio Alápide (1), el primero es total y adecuado; el segundo, literal parcial; y principal el último.

Á mi modo de ver, el segundo sentido puede ser expuesto con mayor utilidad nuestra, porque en él admiraremos el indecible amor que Cristo nos profesa, muy especialmente á las almas que han llegado al cúmulo de la perfección, que son á las que primordialmente se dirige en este precioso Cántico, sin excluír á las principiantes y proficientes en el camino de la virtud. De paso advierto, que por los amigos del esposo se significan los santos ángeles, y por las doncellas de la esposa, las almas flacas ó imperfectas, que no por eso dejan de tener cariño á los referidos esposos.

Aparte todo esto, el punto en que más insisto en esta Introducción consiste en manifestar que Jesucristo Sacramentado es el verdadero y legítimo esposo de nuestro sagrado Cántico. No ignoramos que el Divino Epitalamio es una declaración del amor que el Salvador profesa á sus almas queridas; ahora bien: en ningún Misterio, ni en ninguna acción de la vida de Nuestro Señor se revela tanto su amor como en el de la Eucaristía; más aún; por ningún medio se nos concede mejor Dios mismo que en este Sacramento altísimo; porque aun cuando existan otros divinos medios por los cuales se nos comunica el amor de Jesús, ó su gracia santificante, en ninguno de ellos se descubre de un modo personificado este mismo amor como en el Santísimo Sacramento; de consiguiente, cuando una alma está en la presencia de este Señor, puede, mejor que en ninguna otra ocasión, dirigirle los dulces requiebros de que se hace mención en los Cantares, y asimismo, cuando le recibe Sacramentado, puede exclamar mejor que nunca: «Me introdujo en la cámara del vino»; allí es cuando el cristiano le besa realmente con el beso de su boca, y le estrecha contra sí para jamás abandonarle. Si, pues, el alma cristiana y justa puede

(1) Coment. in Cant., cap. I.

con toda verdad hablar personalmente al mismo Jesús en el Sacramento, cual lo haría Salomón con la Sulamitis; ¿quién negará, por ventura, que el esposo de que se trata en el divino Epitalamio es Jesús Sacramentado?

Convencidos de esta verdad, y añadiendo de paso que por las razones indicadas, los Cantares corroboran altamente el dogma inefable de los altares eucarísticos, réstanos indicar que los expositores, para mejor interpretación de este sagrado Cántico, le distribuyeron de diferentes modos, pero que á nuestro propósito, el mejor es seguir el rumbo del mismo Epitalamio, porque todo él es un vehemente deseo de poseer á Jesucristo, de gozarle y de no abandonarle jamás. Exhorto además al lector que no se entregue á su lectura sin llevar un espíritu rectísimo y una conciencia limpia; no sea que en lugar de obtener el fruto espiritual que se desea, caiga en el lazo de Satanás, y pierda para su ignominia lo que otros han conseguido, llevados de inmaculadas miras.